

para las playas mejicanas. Todas las corporaciones y autoridades civiles y militares de Trieste, así como las diputaciones de las ciudades de Gorizia, Venecia, Fiume y Parenzo, fueron á despedirse de los regios cónyuges, á nombre de sus respectivas poblaciones, manifestándoles en los breves pero sentidos discursos que les dirigieron, el vivo y profundo aprecio que habian logrado conquistar con sus nobles acciones, sus virtudes y su generosidad.

Desde las primeras horas del dia 14 se vió lleno el palacio de Miramar de ilustres personajes y de personas amigas y adictas á Maximiliano y Carlota, que iban á estrechar sus manos y á darles el adios de despedida, llegando muchas de ellas del interior del imperio de Austria. Los jardines, pues, á los cuales se habia permitido al público la entrada, se hallaban literalmente apretados de gente de uno y otro sexo, y de todas las clases de la sociedad, que habia acudido á presenciar el embarque de los jóvenes soberanos que, con su bondad, su afable trato y sus generosas dádivas, habian logrado cautivar los corazones de todos los habitantes de Trieste. El tierno afecto que la poblacion entera de Trieste consagraba á los regios cónyuges que iban á partir de Miramar para América, lo expresaba el periódico intitulado *Diavoletto* en un artículo que llevaba por título, *Despedida de la poblacion de Trieste á S. M. I. Maximiliano*. «Está,» decia, «en el corazon de un buen pueblo y en los labios de nuestra muy amada ciudad la palabra *adios*, repetida á cada hora y por todos.

»Si, adios, ¡oh el mas excelente de los príncipes!

1864.

Abril.

»Hecho ciudadano de Trieste por eleccion, vos, noble y magnánimo, amasteis y preferis-

teis estas playas, este puerto, estas quintas amenas, y sobre todo, reservasteis la mejor parte del corazon á este pueblo que, cual padre á un hijo, os ama con toda el alma. Este pueblo es el que hoy os dice tristemente adios: este pueblo es el que dentro de pocas horas, cuando zarpeis, os seguirá mas allá del Océano con la gratitud de un beneficiado, con el afecto de un corazon libre: este pueblo es quien, en el adios que os dirige, siente la amargura de perderos y el orgullo de haberos poseído tantas veces.

»Cuando esteis lejos, cuando la corona imperial que os ha dado una nacion apasionada y ardiente os ciña la cabeza, cuando los difíciles cuidados del reino, cuando tras las duras pruebas de la infiel política, en medio del entusiasmo de los pueblos de vuestro imperio, riais en la paz, en el trabajo, en la felicidad, sonreirá en torno de vos la flor y el fruto de la libre y sábia obra vuestra: entonces este adios, esta voz que va con V. M. al través de los mares, resuene todavía y siempre en vuestro oido: esta voz es la de un pueblo que os ha amado, es la voz de la patria que llora vuestra partida, es el voto y el afecto de una noble ciudad, á la que legais ahora tantos dulces y piadosos recuerdos.

»Aquí dejais compañeros de armas, marinos intrépidos, soldados que aprendieron de vos el amar y servir á la patria: atravesados los montes que nos dividen del resto del imperio, atravesado el mar, donde quiera dejais dulces y nobles recuerdos. Todos los austriacos repiten con nosotros este adios al óptimo príncipe, al noble y amado hermano de nuestro muy amado emperador. Aquí se recuerda la caridad, allá el esplendor, donde quiera la magnanimi-

dad vuestra. No hay un corazon que no recuerde vuestra virtud y la de la consorte augusta que comparte con vos el gozo de ser amados y bendecidos del pueblo, y con vos corre alegremente á beneficiar á un pueblo nuevo, á ponerlo contento y engreido con tanta predileccion.

1864. »Los triestinos acudirán todavía á vuestro

Abril. Miramar, recordarán en aquellos tránsitos, en aquellos espléndidos salones, en aquel soberbio terrado que domina las playas de un mar tantas veces surcado por vuestros navíos; recordarán las mil veces que fueron vuestros huéspedes y recibieron de V. M. la mas alegre acogida.

»Miramar, vuestro retiro predilecto, se retrata en aquellas mismas aguas que vienen á tocar á Trieste; entre Miramar y nuestra ciudad habrá una amistad estrecha que no puede morir; ella resistirá al tiempo, se encarnará en este pueblo, vivirá bendita en nuestros hijos.

»Adios, pues, en nombre de toda Trieste: que los vientos alegres os rian; que vuestro camino os conduzca feliz al fin deseado de vuestro corazon, que es el único que puede hacer feliz al país que os ha llamado á regir sus destinos. Con vos llevais las bendiciones de un pueblo que no os olvidará jamás, que os seguirá en vuestra nueva y difícil empresa, que rogará por vos á la Providencia para que os dispense con generosidad su consejo y su ayuda.

»Jamás hubiéramos deseado daros este adios; hubiéramos querido conservaros siempre alegre y feliz entre nosotros. Mas ya que V. M. puede dar la paz á un pueblo, y que una gran nacion resucitará para mas dichosos y nobles

destinos; ya que están con vos la Mano del Señor y los votos de un pueblo, bendita sea la mision de V. M.

»¡Adios! ¡Que el cielo os proteja juntamente con la augusta emperatriz; y dé á vos y al nuevo pueblo que os aguarda, todo el bien que haceis ahora á quienes con el corazon conmovido repiten una vez todavia—*Adios!*»

Maximiliano se hallaba profundamente conmovido con las manifestaciones de amor y de cariño que recibia en aquellos momentos en que iba á alejarse de los deliciosos sitios en que habia vivido lleno de felicidad. Llevado de los generosos sentimientos de su corazon, y queriendo de-

1864. jar á los pobres un recuerdo de su cariño, hizo

Abril. saber al podestá de Trieste que destinaba una suma de veinte mil florines para que se distribuyese anualmente, por la municipalidad, la víspera de Pascua, entre las familias necesitadas de la ciudad.

Á la una de la tarde, en los momentos en que en los jardines de Miramar y en los salones del palacio manifestaba el público su sentimiento por la próxima partida de los régios cónyuges, la diputacion de Trieste, á nombre de la ciudad, se presentó á ellos, siendo recibida con muestras de alta consideracion. Entonces el podestá les presentó un album de esquisito trabajo que contenia la vista de la ciudad, y una exposicion llena de tiernos sentimientos, firmada por cerca de doce mil personas de lo mas granado de la sociedad y de las clases todas de la poblacion. El podestá, al poner en manos de Maximiliano aquel sencillo, pero expresivo homenaje del cariño de los triestinos, le dirigió un breve pero afectuoso discurso, al cual contestó conmovido el nuevo emperador de Méjico, no con las fra-

ses escogidas de una oracion estudiada, sino con las expresivas y tiernas brotadas espontáneamente á impulsos del sentimiento purísimo de la gratitud de un corazon noble. «Vuestras palabras,» dijo, «han penetrado profundamente en mi ánimo y me han producido tristeza y consuelo al mismo tiempo; jóven aun, vine entre vosotros lleno de afecto y admiracion; me gustó vuestro carácter leal y generoso; me interesé por las vicisitudes de vuestros marinos; procuré impulsar vuestro laborioso comercio y tomé un luminoso ejemplo en la actividad que os distingue. ¡Cuán grata me ha sido vuestra sociedad! Vuestro amor y fidelidad á mi persona y familia, me habian ligado á vosotros con muy dulces vínculos, y contando con el afecto de que á mi consorte y á mí nos disteis siempre pruebas, establecí gustoso mi residencia cerca de vosotros. Mas como el porvenir es impenetrable á todos, nuevos destinos me señala la Providencia, y yo, alentado con vuestros votos, los acepté confiado. Esta es acaso, señores, la última vez que me será dado saludaros como huéspedes bajo mi techo; pero las gratas memorias que os dejo, me ligan demasiado estrechamente para que no encontréis en mí por todas partes la mas cordial acogida. ¡Pueda nuestro afecto seros siempre de grata memoria!»

Las anteriores palabras revelaban los tiernos sentimientos del hombre que las pronunciaba. Allí no habia hablado, por decirlo así, el príncipe, sino el individuo particular que dejaba ver todo el fondo de su corazon.

Eran las dos de la tarde cuando el nuevo monarca de Méjico, dando el brazo á su augusta esposa Carlota, salió de su palacio de Miramar y atravesó el terrado, á cuya

extremidad se destacan, unidas por una elegante balaustrada, dos escaleras de mármol, por las cuales se descende á la orilla de la mar. Acompañaban á los régios cónyuges el archiduque Luis Víctor, hermano del emperador; el general de division D. Adrian Woll, primer ayudante de campo y jefe de su casa militar; el ministro de Estado Don Joaquin Velazquez de Leon; el gran maestro conde <sup>1864.</sup> Zichy; los chambelanes, marqués de Corio y <sup>Abril.</sup> conde de Bombelles; las condesas de Zichy y Kollonitz, damas de honor de Carlota; D. Ángel Iglesias, secretario de Maximiliano, y el comandante Don Pedro Ontiveros.

Las aclamaciones del inmenso gentío que habia acudido á presenciar el embarque y darles el adios de despedida, resonaron en el viento y en todas direcciones. La música de los regimientos que estaban de guarnicion en Trieste y que habia sido enviada á Miramar, dejaba oír conmovedoras melodías y el himno del advenimiento que la diputacion mejicana habia hecho componer en París para que sirviese de marcha imperial constantemente. Despues de haberse detenido un instante la real pareja para demostrar su agradecimiento á la multitud que les victoreaba, bajaron la escalera y se dirigieron á la elegante lancha imperial, de dosel de oro y púrpura que les aguardaba al pié para conducirles á bordo de la fragata *Novara*, anclada en la bahía, á doscientas cincuenta brazas del castillo. En la lujosa lancha se hallaba izado el pabellon mejicano.

En el momento en que el emperador Maximiliano puso el pié en la engalanada lancha, los buques la *Novara*, la *Themis* y la *Bellona*, todos de guerra, izaron sus pabello-

nes, las tripulaciones lanzaron *hurras*, que es el grito de entusiasmo de algunos países, todas las embarcaciones levantaron sus remos, y la artillería del castillo, á la vez que la del buque de guerra francés la *Themis* y la fragata austriaca, tambien de guerra, *Bellona*, hicieron sus salvas, saludando al egregio personaje. Mientras la lancha imperial se alejaba, la multitud que ocupaba los muelles del puerto, los jardines de Miramar, la escalera del embarcadero y todos los puntos, en fin, de donde pudiera descubrir á las personas queridas cuya partida sentia, agitaba en las manos sus pañuelos saludándolas, y dando gritos, deseándolas un feliz viaje.

Despues, llegando la lancha imperial al costado de la fragata *Novara* y en el momento de poner el emperador Maximiliano el pié en el puente de esta, se izó en el palo mayor la bandera mejicana, haciendo las salvas de ordenanza la *Themis* y la *Bellona*. Pocos momentos despues se levantó anclas, y se puso en ruta la fragata para *Civita-Vecchia*. Abria la marcha el yacht *Fantasia* que el gobierno austriaco ponía siempre á disposicion de Maximiliano cuando éste se hallaba en Miramar: iba en seguida la fragata *Novara* que conducía á la régia pareja y á los individuos que les acompañaban; marchaba luego la *Themis* que debia acompañar al emperador hasta Veracruz, y cerraban la marcha seis vapores de la compañía de Lloyd que habian formado en línea de uno y otro lado al pasar la lancha imperial del pié del castillo al sitio en que estaba la *Novara*. Al desfilar la escuadra por enfrente de la ciudad de Trieste, cuya bahía se hallaba llena de buques de diferentes naciones, todos empavesados con sus respec-

tivos pabellones, fué saludada por las baterías de los fuertes, repitiéndose los saludos por los demás que estaban situados en la costa, á medida que la *Novara* pasaba por enfrente de cada uno de ellos. Los seis vapores de la compañía del Lloyd, despues de haber acompañado un largo trecho al buque en que marchaban los régios cónyuges, volvieron á Trieste, siguiendo escoltando á la

1864. Abril. *Novara*, la fragata francesa *Themis*, que iba mandada por el entendido comandante marino Morier. Despues de una feliz navegacion de cuatro dias, llegaron, á la una de la tarde del 18, á la rada de Civita-Vecchia. En el momento pasaron á bordo de la *Novara*, el general, conde de Montebello, jefe del cuerpo de ocupacion de Roma, sus oficiales de estado mayor, los funcionarios del almirantazgo pontificio, el jefe de batallon de la Haya, el coronel Colzon y otros personajes, para ponerse á disposicion del monarca de Méjico. Tambien se presentó á los pocos instantes Don Ignacio Aguilar y Marocho, á quien habia enviado de ministro plenipotenciario de Méjico cerca de Su Santidad, y que tomando en la mañana del mismo dia 18 el camino de hierro de Civita-Vecchia, llegó de Roma, cuando apenas acababa de fondear en el puerto el buque en que habian salido de Miramar los régios cónyuges.

El emperador Maximiliano desembarcó á las tres y media de la tarde, con su esposa y los demás individuos de su comitiva. Vestía uniforme de gala, y todas las personas de su casa ostentaban sus correspondientes insignias. En el muelle de la aduana fué recibido por el delegado, prefecto apostólico de Civita, Monseñor Rendi, y por el

comandante de la guarnicion francesa de la plaza. Dispuesto un tren especial, partió para Roma en union de la emperatriz, marchando tambien los demás individuos de su séquito. Dos horas despues, los ilustres viajeros llegaban á la capital del catolicismo, en cuya puerta, ricamente adornada, les aguardaban los embajadores de Francia; Austria y Bélgica, el cardenal Antonelli, los oficiales superiores de las tropas francesas y pontificias, varios cardenales, y otros muchos distinguidos personajes. Recibidos el emperador Maximiliano y su augusta esposa con las manifestaciones de respeto y de aprecio de las elevadas personas que mencionadas dejo, subieron á uno de los lujosos carruajes de gala de la embajada de Austria, que habian sido preparados para el objeto, subiendo las personas de su séquito á los otros, y fueron conducidos al palacio Marescotti, propiedad de Don José María Gutierrez de Estrada, presidente de la diputacion mejicana, embajador mucho tiempo de Méjico en Roma, que lo habia puesto á disposicion de su nuevo soberano y que éste aceptó, queriendo distinguir así al hombre que habia trabajado con ardiente empeño en la formacion de una monarquía en Méjico.

En la mañana del siguiente dia, martes 19, el emperador y la emperatriz fueron á visitar solemnemente al Santo Padre al Vaticano. «Conmoveror era,» dice en una carta el escritor francés Chauveau que iba en la comitiva imperial, «el espectáculo de esta pareja juvenil, subiendo las escaleras del Vaticano para implorar la bendicion del augusto jefe de la cristiandad, y poner sus futuros esfuerzos bajo la ayuda de su paternal intercesion y de su poderosa autoridad espiritual.»

Cerca de una hora permanecieron con Su Santidad en un salon á donde fueron introducidos. En seguida se abrieron las puertas, y fueron recibidas todas las personas de su séquito, con las cuales se mostró Pio IX sumamente afectuoso, hablando á cada uno en el idioma de la nacion á que pertenecia.

1864.

Abril.

Hecha la visita al jefe de la Iglesia, volvieron el emperador Maximiliano y su esposa, en medio de un inmenso gentío, al palacio Marescotti, y en la noche dieron un gran convite de cincuenta cubiertos, dado á los cardenales y demás personajes de la corte pontificia.

Á las siete y media de la mañana del siguiente dia 20 de Abril, asistieron á la misa pontifical dicha en la capilla Sixtina, y oyeron religiosamente la alocucion que, despues del Evangelio, les dirigió con acento conmovido el Santo Padre, acerca de las obligaciones particulares que pesan sobre los soberanos de la tierra, de la elevada mision que habia aceptado el nuevo emperador de Méjico, y del sagrado deber en que se hallaba de trabajar sin descanso por corresponder á las esperanzas de paz y de ventura que los mejicanos habian cifrado en él al elegirle para que rigiera sus destinos. En seguida recibieron, con profundo recogimiento católico, la comunion de manos del mismo Santo Padre: «Hé aquí,» fueron las palabras del jefe de la Iglesia al darles la sagrada Forma, «el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Por Él reinan y gobiernan los reyes; por Él imparten los reyes la justicia; si á menudo permite que sean probados los reyes, por Él, sin embargo, se ejerce todo poder. Os recomiendo, á nombre

suyo, la dicha de los pueblos católicos que os son confiados. Grandes son los derechos de los pueblos, siendo, por lo mismo, necesario satisfacerlos, y sagrados son los derechos de la Iglesia, esposa inmaculada de Jesucristo, que nos ha redimido al precio de su sangre que dentro de un instante va á teñir vuestros labios. Respetareis, pues, los derechos de la Iglesia; lo cual quiere decir que trabajareis por la dicha temporal y por la dicha espiritual de aquellos pueblos. Así Nuestro Señor Jesucristo, á quien vais á recibir de manos de su Vicario, os conceda sus gracias en la abundancia de su misericordia. *Misereantur vestri, omnipotens Deus et dimissis peccatis vestris, perducatur vos ad vitam eternam.*»

Á la misa celebrada por Pio IX, siguió otra á que asistieron los individuos todos de la comitiva; y terminada esta, el Papa detuvo á desayunar á la augusta pareja lo mismo que á su comitiva, sirviéndose á poco un espléndido desayuno en la Biblioteca particular de Su Santidad. En la mesa principal se colocaron el Santo Padre, el emperador Maximiliano, su augusta esposa y el cardenal Antonelli, pues para las personas de la comitiva y otros personajes, habia puestas, á distancia como de tres varas, varias mesitas á izquierda y derecha, convenientemente colocadas. La conversacion fué expansiva y animada, haciéndose unas veces general y manteniéndose otras entre las personas inmediatas.

Terminado el régio desayuno, Maximiliano y Carlota volvieron al palacio en que habitaban, y á las doce fué á hacerles una visita el Soberano Pontífice. La multitud se habia agolpado en las inmediaciones del palacio Mares-

cotti desde que llegó á saberse en la ciudad que el jefe de la Iglesia iba á ir á visitar al emperador de Méjico. Pronto el repique de campanas en las iglesias próximas á la habitacion de los egregios cónyuges y el murmullo formado por la multitud, dieron á conocer que el Sumo Pontífice se acercaba. El emperador y la emperatriz bajaron hasta el pórtico, á donde se acercó lentamente una

1864. el pórtico, á donde se acercó lentamente una  
Abril. carroza dorada, tirada por seis caballos negros, que se detuvo al pié de la escalera. Maximiliano y su esposa se arrodillaron, haciendo lo mismo el pueblo y la corte, y el venerable anciano, Cabeza de la Iglesia católica, envió sobre todos su bendicion. Despues de recibirla, Don Ignacio Aguilar y Marocho, nombrado por Maximiliano ministro plenipotenciario de Méjico en Roma, abrió la portezuela de la carroza. El emperador se levantó para acercarse á ésta, y ofreciendo su brazo para que se apoyase en él Su Santidad, subieron juntos y lentamente la escalera. La conferencia privada entre los soberanos de Méjico y el Santo Padre, duró, como la verificada en el Vaticano, cosa de una hora. En ellas se trató de los asuntos pertenecientes á la religion católica en Méjico; y Maximiliano manifestó al Papa, como habia manifestado anteriormente al arzobispo Don Pelagio Antonio de Labastida, así como á los demás prelados mejicanos, con quienes habló en Miramar, cuando iban á embarcarse para su patria, su resolucion de reparar los daños hechos á la Iglesia y á dar al clero toda la respetabilidad que era debida.

A la conferencia privada siguió otra pública, en que todas las personas de la comitiva imperial fueron admitidas á besar el anillo del Pescador.